

DEFINICIÓN DE JEAN DÉZERT

*Del linaje plebeyo no tengo que decir
sino que sirve sólo de acrecentar
el número de los que viven.*

CERVANTES

Vamos a llamar a ese joven Jean Dézert. A menos de tropezar con él, nadie lo distinguiría entre la multitud, de tan incoloro como va vestido. Lleva un cuello postizo demasiado grande y una corbata cualquiera. Las perneras de su pantalón, así como las mangas de su chaqueta, se arrugan por sí mismas en las rodillas y en los codos. Sus pies caben cómodamente en unos zapatos cansados.

¿Qué más decir para describirlo, sino que en su rostro alargado, de mejillas cuidadosamente afeitadas, solo llama la atención el enorme bigote? Cuesta concebir su función, incluso su utilidad, en una fisonomía de aspecto tan discreto.

La delgadez de Jean Dézert explica por qué no ha servido a la patria. Por lo demás, hace poco ejercicio físico, al estar empleado en el ministerio de Estímulo al Bien (Dirección de Material).

Su vida —tal vez más adelante sacaremos de ella informaciones útiles— no ofrece nada que no sea muy mediocre, en apariencia. Habita en la rue du Bac, en un quinto piso, enfrente del Petit Saint-Thomas —y sin idea preconcebida—. Tiene una asistenta que le barre la habitación y el vestíbulo, le hace la cama, le cepilla la ropa y sacude la alfombra en el patio común del edificio. Se llama Angèle. Es viuda.

La única originalidad del piso consiste en la poca elevación del techo. Si Jean Dézert se subiera a una silla, se vería en la obligación de agachar la cabeza. Pero el deseo de intentar esa experiencia, como tantas otras, nunca se le ha presentado. Las personas con imaginación, en su casa, creerían estar en el entrepunte de un velero. Y el caso es que un declive transversal del suelo —imputable, en realidad, mucho más a la vejez de la casa que al movimiento del mar— parecería confirmar la hipótesis.

Por suerte, con el mobiliario todo vuelve a la normalidad. Incluso hay una pandereta en la chimenea, y dos vistas de Suiza colgadas en una pared. Además, cuando se aburre en casa, Jean Dézert, desde la ventana, puede explorar la rue du Bac hasta el

bulevar Saint-Germain. La gente, allí abajo, circula, comercial y apresurada. Los días de aguaceros y barro, solo se conoce de ella la marea monótona de sus anónimos paraguas. Pero, con cualquier clima, los coches de los repartidores disputan la calzada a los demás vehículos.

Muy avanzada la noche, Jean Dézert oye, a través del sueño, el cascabel que tintinea y el pobre trote de un caballo. Después estalla la bocina de un automóvil, de vuelta de los barrios donde la gente se divierte hasta tarde.

Jean Dézert se levanta a las ocho. Se prepara él mismo el café con leche, en la cocina de gas. A las nueve en punto se dirige a su oficina, en la rue Vaneau. Almuerza distraídamente en una mantequería. Muy raras veces tiene la oportunidad de cenar con sus colegas, pues no le gusta la malilla ni la política, y no sabe discutir.

Su trabajo no le ocupa mucho el pensamiento. Se trata de rellenar impresos, comunicar, o transmitir, según los casos, documentos a otros servicios. Y además no hay que olvidar la diferencia que existe entre las fórmulas «dar a conocer» y «hacer saber».

La fantasía está bien fuera de las horas de oficina, y especialmente los domingos. El domingo es la vida entera para Jean Dézert. A él le gusta ese día que pocas personas comprenden. Él no se cansa de recorrer

y errar a lo largo de los grandes bulevares. Si estuviera casado, empujaría un cochecito de niños, como un papá cualquiera.

En los tiempos del ómnibus, sentado en la imperial, le gustaba seguir los trayectos desde el principio hasta el final. Así leyó una cantidad considerable de anuncios y meditó sobre los nombres de muchos empresarios.

Estas son sus diversiones. Tiene todo el derecho a escogerlas. En cuanto a sus pasiones amorosas, las mantiene en un estricto misterio. Como mucho, confesaría que en el turbio amanecer de su nubilidad amó a una maestra alemana y cortejó a una dependienta. Por lo demás (añade por modestia), fue el azar quien lo hizo todo; sin la fuerza de las circunstancias, una mecanógrafa o un profesora de piano habrían jugado el mismo papel en su ordenada existencia.

Jean Dézert no habla jamás de su familia. He sabido que vino a este mundo en una gran ciudad del suroeste. Su padre ocupaba el puesto de subdirector de la fábrica de gas. Al otro lado de la calle estaba el cementerio protestante. Llovió mucha carbonilla en su infancia limitada por un horizonte de cipreses. Este dato nos resultaría muy valioso para un estudio del carácter de Jean Dézert. Por lo menos, nos ayudaría a comprender la paciencia y resignación de su alma, la modestia de sus deseos y la pereza triste de

su imaginación. Puesto que, fíjense bien, Jean Dézert nunca realizó ningún viaje largo en sueños. ¿Piensa siquiera que existe una estrella en la que la gente se ama para siempre?

Sus ojos no se apartan de la tierra, su mirada no se eleva por encima de este mundo donde, así como algunos son actores y otros espectadores, él no es más que un figurante. ¡Oh, a él le daría igual ir disfrazado de campesino suizo, de gentilhombre hugonote o de guerrero egipcio! En efecto, se parece a esos coristas de los teatros de ópera que, mientras piensan en sus asuntos personales, abren la boca al mismo tiempo que los demás fingiendo que cantan con ellos. Él ejecuta todos los gestos necesarios y no retrocede ante ninguna concesión.

Cuando llueve, abre el paraguas y se remanga los bajos del pantalón.

Evita los coches y no responde a las frases algo fuertes de los conductores.

Saluda al portero y se interesa por su salud.

Se mezcla con los grupos que rodean a los buhoneseros o a los vendedores de canciones.

En varias ocasiones ha actuado como testigo en accidentes de tráfico.

Pero, sobre todo, Jean Dézert hace suya una gran virtud: él sabe esperar. Durante toda la semana espera el domingo. En su ministerio, espera el ascenso,

mientras espera la jubilación. Una vez jubilado, esperará la muerte. Él considera la vida una sala de espera para viajeros de tercera clase. Una vez adquirido el billete, no le queda más que, sin moverse, mirar pasar a los ferroviarios por el andén. Un empleado le avisará cuando arranque el tren; pero él no sabe hacia qué estación.

Jean Dézert no es ambicioso. Ha comprendido que las estrellas son innumerables. Así que, a falta de algo mejor, se limita a contar las farolas de los muelles en las tardes de aburrimiento.

Jean Dézert no tiene envidia, ni siquiera de aquellos que detentan la verdad. Sin embargo, tendría razones para envidiar a su amigo Léon Duborjal (un cerebro bien equilibrado), licenciado en la escuela Pigier, que sabe estenografía, progresa cada día en esperanto, sabrá agarrar la vida por el lado bueno, y triunfará en el comercio.

Sí, Jean Dézert es un resignado. Ha dado la vuelta, sin prisas, a sus propiedades y ha perdido cualquier ilusión sobre las dimensiones del jardín, la fertilidad de sus plantas y el pintoresquismo de las perspectivas. Se resigna, y cuando esté harto de escupir en el estanque —para distraerse— se paseará con las manos en los bolsillos junto a los parterres, sin preocuparse por nada y sin mala intención.